

IX

Prevenido Cortés, oportunamente, de la celada que le tendían los de Cholula, y habiendo tomado ya sus providencias para hacer un escarmiento en aquellos indígenas, declaró á éstos cuáles eran los designios que tenían contra los conquistadores, y les anunció su castigo: «E por esta malda que teniades concertada, morireis todos, e en señal de que sois traidores, destruiré vuestra cibdad, sin que mas quede memoria della; e no hay para que negarme esto pues lo se como os lo digo.» Pero, antes de realizar su terrible propósito, el Marqués hizo llamar allí á los mensajeros del Emperador Azteca para decirles: «Estos me quieren matar y dicen que Mutezuma era en ello y yo no lo creo porque lo tengo por amigo y se que es gran Señor y que los Señores no mienten; y creo que estos me querían hacer este daño á traicion, e como bellacos y gente sin señor que son e por eso morirán e vosotros no hayais miedo que de mas de ser mensajeros soislo de ese Señor á quien tengo por amigo e tengo creído que es muy bueno, e no bastará cosa que en contrario se me diga.»

Este pasaje, demuestra que el mismo Cortés re-

conocía el caracter inviolable de los mensajeros y así daba á entender á los enviados del Emperador azteca, manifestándoles que no hubieran temor alguno, porque, además de ser embajadores, los enviaba el Gran Señor á quien tenía por amigo. Después de las disposiciones tomadas por el Marqués para llevar á cabo su intento, se disparó el fatal arcabuzaso que refiere la historia, y fué la señal de la matanza cruel hecha en los indios de Cholula. Continuaba el estrago en la que un tiempo fué ciudad santa, pacífica, y quedó casi destruida y yerma á causa de la crueldad del conquistador, cuando se presentaron á pedir misericordia algunos nobles y sacerdotes, asegurando no haber tomado parte en la rebelión y que los culpados habían llevado el merecido castigo. Cortés aparentó grande enojo, mandó llamar á los embajadores y en presencia de ellos dijo á los suplicantes: que la ciudad merecía ser asolada por rebelde, mas, por respeto á Moctecuhzoma, cuyos vasallos eran aquellos indios, concedía el perdón para que de allí en adelante fuesen buenos, pues si se repetía lo pasado, les daría muerte.

La razón para aquella matanza, fué la rebelión de la ciudad. Autores españoles y de origen tlaxcalés, están conformes en la existencia de la rebelión determinada por concierto entre los embajadores de Moctezuma y los Señores de Cholollan. Afirma Bernal Díaz, que los religiosos franciscanos, recién llegados á la tierra, hicieron una pesquisa en la ciudad

entre los ancianos y sacerdotes, y quedó enteramente confirmada la verdad de este hecho.

Otro autor de grande autoridad, atribuye el origen de esta catástrofe á las enconadas rivalidades entre los méxica, chololteca y tlaxcalteca, y, principalmente, á la falsía de la intérprete Doña Marina, faraute que, según parece, favorecía los intereses de los tlaxcalteca, ayudando no sólo con declarar que los indios decían lo que se le antojaba á ella, sino inventando historias encaminadas á encender los celos del conquistador.

La noticia del estrago se difundió por toda la tierra, sobrecogiendo á sus habitantes de terror; Moctecuhzoma temblaba y, á causa de su mismo miedo, no acertaba á determinar lo que debería hacerse en aquel trance. Sahagún asegura que. . . «esta cosa ó castigo de Cholula, fué sabida en todas las provincias de la Nueva España. . . » y agrega: «si de antes teníamos fama de esforzados y habían sabido de las guerras de Potonchán y Tabasco y Cingapacinga y lo de Tlaxcala, y nos llamaban *Teules*, que es nombre como sus dioses ó cosas malas, desde allí adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podía encubrir cosa alguna mala que contra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y á esta causa nos mostraban buena voluntad. . . . »

Pacificada la ciudad, Don Hernando se dirigió á los embajadores méxica para manifestarles con ásperas razones, que los chololteca habían confesado que

Moctecuhzoma estaba de acuerdo en el concierto de la traición, y que le parecía muy extraño en tan gran persona, como el Emperador, mandar embajadores, ofreciéndole amistad y ocurrir solapadamente á medios reprobados para hacerle daño: por esta causa, si antes quería entrar por vías de paz y amistad en su tierra, mudado ahora de intento iría como enemigo haciendo cuanto desastre pudiera, aunque esto le pesaba, pues más bien quería estimarle como amigo. Contestaron los embajadores no saber ellos nada de la rebelión, hasta que presenciaron el castigo; tampoco creían se hubiese hecho por consejo ni por mandato de Moctecuhzoma, y le pedían, antes de que tomara la última resolución, diera á uno de ellos licencia para ir á hablar al Emperador y pronto estaría de vuelta con la respuesta. Otorgado el pedido, el mensajero regresó á los seis días en compañía de aquel principal que antes era ido. De acuerdo con la costumbre admitida, de no presentarse sin regalos, trajeron cierta cantidad en tejos de oro;¹ 1,500 piezas de manta de primorosas labores, con buenas provisiones de gallinas, pan y cacao. Los embajadores dijeron, de parte de su Señor, que le pesaba el atentado de Cholollan, el cual había sido sin su consentimiento; que, aunque eran de su imperio las tropas de la inmediata guarnición méxica á que se aludía, correspondían directamente á Acatzingo, á Itzocan,² los

¹ Orozco y Berra. Tomo IV, pág. 255.

² Acacingo é Izúcar, hoy pertenecientes al Estado de Puebla: son el Acacigo é Izcucan, de la relación de Cortés.

cuales tenían amistad con los chololteca; agregaba, que el Emperador siempre sería su amigo y le guardaría amistad; pero que no pensase en ir á México, por ser tierra muy estéril, que eligiese un lugar para su permanencia y allí le daría cuanto hubiese menester. Cortés replicó resueltamente, que para cumplir las órdenes de su Monarca, tenía precisión de ver á Moctecuhzoma, y supuesto que debía suceder así, tuviese á bien permitirlo, en inteligencia de que si algún daño se siguiese por la resistencia, él mucho lo sentiría.¹

En vista de aquella irrevocable determinación, los embajadores volvieron á consultar á su amo, regresando á los pocos días seis principales, trayendo un presente de valor de dos mil pesos en oro, fuera de las mantas y joyas. Dijeron que Moctecuhzoma insistía en anunciarles la falta de mantenimientos en México, puesto que aquella ciudad tenía que vivir con lo llevado de fuera; mas si esto no era impedimento para el General, le convidaba á pasar á la ciudad, teniendo entendido que se habían comunicado las órdenes á las poblaciones del tránsito, para aposentarle y regalarle cumplidamente. Tres de los mensajeros se quedaron para servir de guías; los otros tres partieron á dar la noticia de que los castellanos se disponían al viaje. Determinada ya la marcha, insistieron los tlaxcaltecas en sus acostumbradas porfías, representando los peligros del viaje, la falsía de los

¹ Cartas de Relac., págs. 68-69 —Bernal Díaz, cap. LXXXIV.

méxica, y lo poco que en sus palabras debía fiarse, con todo cuanto sabían decir de sus contrarios. Como Don Hernando se mantuviera inflexible, se conformaron con ofrecerle víveres para el camino y diez mil guerreros para acompañarle; de éstos sólo aceptó el General un millar, para llevar los *tepuzques* y el fardaje, pensando atinadamente en no llevar gran cantidad de los enemigos jurados del imperio. De los Jefes y guerreros cempoalteca, los principales se excusaron de ir á México, temiendo ser muertos por Moctecuhzoma; en balde les aseguró Don Hernando del ningún riesgo que corrían yendo bajo su protección; insistieron tenazmente, otorgándoseles al cabo la licencia de retirarse, dándoles presentes de mantas, así para ellos como para el Señor de Cempoalla. Llevaron cartas á Juan de Escalante, en la Veracruz, con noticias de los sucesos pasados y órdenes para la Villa.¹

La matanza de Cholollan y la expedición al Popocatepetl, colmaron de asombro á los indígenas, quienes supusieron que sería imposible oponer resistencia á los *teules*. Moctezuma se informaba diaria y constantemente, por medio de sus espías y enviados, de las acciones de los conquistadores, y pasaba la vida en estúpido aturdimiento. Los castellanos salieron de Cholollan el 1.º de Noviembre de 1519, y se detuvieron en Cálpam, pueblo de la jurisdicción de Hue-

¹ Bernal Díaz cap. LXXXV.—Gomara, Cron., cap. LXII.—Herrera, dec. II, lib. VII., cap. III.

xotzingo, donde fueron recibidos con atenta hospitalidad, y les dieron alojamiento cómodo, abundantes provisiones, regalo en oro y en mantas y algunas esclavas. Las gentes y señores de Huexotzingo y los pueblos comarcanos, que llevaron los presentes, hablaron á porfía contra las tradiciones de Moctezuma, y avisaron á los españoles, que poco más adelante había dos caminos: el uno cerrado con tala de árboles y magueyes, y el otro limpio y barrido; el primero, era el mejor y más llano; y el segundo, por el cual debían ser conducidos los blancos, iba á dar á unas cortaduras en donde esperaban los guerreros mexicana, dispuestos á atajar á los españoles el paso y destruirlos. El 2 de Noviembre, el ejército se puso en movimiento, preparado para el combate, y siguió el camino andado antes por Ordaz, y que seguía por entre las dos montañas cubiertas de nieve. Llegados al lugar en que los caminos se separaban, vieron ser cierto cuanto les habían dicho. Interrogados los embajadores mexicana que acompañaban á Cortés y le servían de guías, respondieron: que debían ir por el camino desembarazado, el cual conducía á Chalco; habiendo cegado el otro, por contener malos pasos y rodeos para ir á México. Acerca de este punto, dice el P. Sahagún: «De todos los remedios que antiguamente usaban los indios en sus guerras, se pertrechó Moctecuhzoma para que los españoles no llegaran á México (excepto el perentorio que era el de venir á las manos con los españoles), por haber sido lo que

«en este caso había acontecido á los tlaxcaltecas, y «también á los chololtecas; el postrero pertrecho que «quedaba por inventar, era cercar los caminos que «iban hacia México, habiendo pasado de esta parte «de la sierra, para lo cual mandó Moctecuhzoma, que «hicieren vallados en las bocas de los caminos, y pu- «siesen muchos magueyes espesos y plantados en los «caminos, para que los españoles, llegados allí, no «pasasen más adelante, so pena de muerte, porque «tenían este uso antiguamente. Como los españoles «hubiesen llegado á los caminos que estaban cerrados, «desbarataron todos aquellos vallados, y arrancaron «los magueyes y echáronlos por allí adelante con gran «risa y mofa.» No había traición, era el intento cándido de desviar á los castellanos para Chalco.

Prosiguió su camino el ejército con desconfianza, vigilando constantemente los soldados y desembarazando el paso los aliados; así encumbró la serranía hasta hacer alto en una meseta colocada entre las dos montañas nevadas. Había edificios espaciosos destinados para descanso de los mercaderes, y con capacidad bastante para alojar á los castellanos y á más de cuatro mil tlaxcalteca, chololteca, cempoalteca y huexotcinca, con víveres bastantes y buena cantidad de leña, pues hacía muy gran frío. Aquí se presentó la nueva embajada de los mexicanos; dieron á Cortés un regalo, que valuó el conquistador en tres mil pesos oro, y dijéronle de parte de su Señor, que se volviese y no se curase de entrar en México, porque la ciudad

era pobre en mantenimientos y fragoso el camino; si desistía de su intento, no sólo le daría cuanto quisiese, sino concertaría en darle cada año «certum quid,» el cual le haría llevar hasta la mar ó el lugar que le señalase. Don Hernando los recibió con agrado, dióles de las cuentas de vidrio, en especial á uno á quien llamaban hermano de Moctecuhzoma, respondiéndoles, que si en su mano fuera volverse, lo haría por dar gusto á su amigo; pero, que ha venido á la tierra por mandato de su rey, con el encargo principal de dar cuenta de Moctecuhzoma y de su ciudad, de los cuales mucho tiempo hace tenía noticia el monarca castellano; le mandaba rogar, tuviese á bien su ida, pues de ella, en lugar de daño, se seguiría provecho á su persona y tierra; si después de verle, no le quisiese tener en su compañía, se volvería, mas no antes de haberse entendido de viva voz y no por terceras personas. Con esta perentoria respuesta se volvieron los embajadores.¹

El ejército llegó el día 3 de Noviembre á Amaquemecan, en el valle de México. Esta población, de la provincia de Chalco, situada casi al pie de las montañas, contaba unos veinte mil vecinos. El Señor de aquel lugar hospedó á los castellanos, y les hizo magníficos regalos en oro, joyas, plumajes y mantas; entregándoles también cuarenta mozas, «todas muy ga-

¹ Cartas de relación, pág. 72. Bernal Díaz, cap. LXXXVII. Dice que Moctecuhzoma ofreció cuatro cargas de oro para el general, y una carga para cada soldado.

lanas, y bien vestidas y aderezadas. . . . » Allí mismo encontró Cortés á algunos emisarios méxica de los principales de la corte, encargados, según dijeron, de atender y proveer á los castellanos de cuanto hubiesen necesidad. Moctezuma envió, todavía, una nueva embajada á los conquistadores para detenerlos en su camino.

Los castellanos dejaron, el 6 de Noviembre, á Amaquemecan y se dirigieron por Tlalmanalco al lugar de Ayotzingo, pequeño pueblo situado en las márgenes meridionales del lago de Chalco. El 7 de Noviembre, al ponerse en camino el ejército, recibió Cortés á doce nobles principales de Tenochtitlán, presididos por Cacamatzin, sobrino del monarca y rey de Texcoco; dijéronle los embajadores, que venían en nombre de Moctezuma á servirle y á acompañarle; pero insistieron con ahinco en persuadirle de que se abstuviese de entrar en la Capital. Cortés respondió que no podía detenerse en su camino.

Poco después de que los embajadores dejaron á Ayotzingo, salió el ejército de Cortés, según refiere Orozco y Berra, costeando las orillas del lago; entraron luego por una calzada «tan ancha como una lanza jineta,» la cual formaba como un dique entre los lagos de Chalco y de Xochimilco, y daba paso á la población de Cuitlahuac, hoy Tlahuac; por dicha calzada pasa, en la actualidad, el ferrocarril de Xico. El señor del lugar obsequió á los conquistadores con los regalos de costumbre, y los castellanos, siguiendo las in-

dicaciones de los nobles méxica, continuaron su camino para rendir la jornada en Ixtapalapan, donde salieron á su encuentro, Cuitlahuac, señor del lugar; y el de Coyohuacán, también de la casa real de México, seguidos de la nobleza y de gente del pueblo. Cuitlahuac dió la bienvenida á Cortés de parte de Moctezuma, le llevó á aposentar cómodamente con sus tropas, proveyéndole de abundantes mantenimientos, y le hizo al general un regalo de esclavas, plumajes, ropas y oro hasta por un valor de cuatro mil pesos.

Por fin, el martes 8 de Noviembre, después de haber recibido Cortés á nuevos emisarios de Moctezuma, que le ponderaron las dificultades de entrar á la Capital, el conquistador se puso en camino para México, adonde arribó solemnemente el mismo día, y tuvo su primer encuentro con el emperador de los Aztecas.

*
* *

Hemos seguido, con la mayor escrupulosidad, los pasos del general español hasta su llegada á la Capital del imperio méxica, y hemos pormenorizado todas las relaciones que tuvo con el emperador por medio de embajadas y emisarios hasta su entrada en la capital. Las razones que hemos tenido para detenernos en estos puntos, se adivinan fácilmente: tratamos de manifestar, con el relato de los sucesos, cuáles eran en-

tonces los medios de comunicación más usados entre los indígenas; el sistema de vigilancia que sus señores y gobiernos ejercían en el inmenso territorio poblado por ellos, y la rapidez con que se ponían en contacto, ya con las fuerzas enemigas, ya con los caciques y señores de las comarcas feudatarias que, por naturaleza misma de las instituciones de aquel gobierno, debían estar en conexión no interrumpida con la Capital del Imperio.

La ruta de Cortés, desde su desembarco hasta su arribo á Tenochtitlán, tenía que ser una de las que ordinariamente servían para las comunicaciones de los indígenas con los pueblos situados en las riberas del Golfo; el buen estado de los caminos manifiesta la posibilidad de un tráfico incesante, que no podía haberse establecido sin el buen estado de las rutas y la constante policía en ellas ejercida.

Cortés pudo caminar perfectamente con todo su ejército, en el cual, figuraban la caballería, con todos sus bagajes, y la considerable cantidad de indios que les transportaban en todas las jornadas. Si la marcha del conquistador fué lenta, se ha visto que los embajadores recorrían los caminos con extraordinaria velocidad. Los castellanos caminaban con todas las precauciones necesarias, dado que se aventuraban por entre pueblos desconocidos y entre comarcas enemigas, y por una tierra completamente extraña para ellos. Su marcha tenía que ser lenta y penosa; pero ésta hubiera presentado obstáculos inaccesibles, si el

conquistador no hubiese podido aprovecharse de las vías de comunicación que conectaban las dilatadas comarcas del imperio, y servían admirablemente para el régimen administrativo, para el comercio de los indígenas y para sus excursiones y conquistas militares. Más adelante, hallaremos ocasión de observar cómo el sistema de comunicaciones entre los aztecas y los pueblos que les estaban subyugados, sirvió, por modo maravilloso, para que Cortés pudiera movilizar sus fuerzas con toda la rapidez que exigían las circunstancias, así como también para que se le facilitaran los medios de ponerse en comunicación con sus valientes y disciplinados capitanes, que estaban á muy larga distancia de la Capital de la monarquía, y que merced al sistema de correos y de rutas que habían implantado los mexicanos, pudieron, más de una vez, concentrar fuerzas, víveres y municiones en diversos puntos marcados hábilmente por el conquistador, que de este modo movía y disponía sus hombres con la precisa táctica y la asombrosa rapidez que pudiera hacerlo un militar de los tiempos modernos. La civilización de los indígenas y su adelanto portentoso en materia de comunicaciones, facilitó, á maravilla, la realización de los planes y las enérgicas medidas dictadas por la sagacidad del conquistador.

Los acontecimientos que en seguida referiremos, bastarán para patentizarlo.

X

Que el monarca azteca se hallaba perfectamente informado de lo que se refería á los castellanos, y que recibió frecuentes y muy pormenorizadas relaciones de lo que éstos hacían y los caciques con quienes trataron desde su desembarque, lo demuestra la noticia que dan los historiadores acerca de la primera conferencia que Moctecuhzoma tuvo con Hernán Cortés, á raíz de la llegada del conquistador á la gran Tenochtitlán. Refiérese que el emperador de Anáhuac dijo al capitán «E pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido, que muy bien sé todos los que se os han ofrecido de Pun-tunchan acá, e bien sé que los de Cempoal y Tlaxcalteca, vos han dicho muchos males de mí: no creáis más de lo que con vuestros ojos viéredes»

Cortés, desde que tomó posesión con sus capitanes del espléndido hospedaje que le mandó preparar el soberano, procuraba, por su parte, adquirir los más fieles informes de todo lo relativo al reino cuya capital le abrió las puertas, y con frecuencia recibía mensajes de los aliados que le suministraban noticias alar-